

---

NOTICIAS

## IN MEMORIAM.

### Ha muerto mi pediatra: Don Escolástico Aguiar Soto

N.L. González González

*Profesora Titular de Obstetricia y Ginecología. Universidad de La Laguna.*

---

Ha muerto mi pediatra y una vez más quiero darle las gracias evocando su recuerdo, después de rezar por él. Don Escolástico, porque para mí siempre fue y será Don Escolástico, aparecía en la puerta de mi cuarto cuando los virus se resistían a la estocada de penicilina con que mi padre, temeroso del estreptococo protagonista de la época, me obsequiaba apenas rozaba el termómetro los 38°C, independientemente de los demás síntomas acompañantes. Asocio el tintineo de las jeringas de cristal junto a las agujas metálicas hirviendo en la cocina en un cazo, especialmente dedicado para tal fin, con su imagen en el marco de la puerta, más paciente él que yo, respondiendo a una siempre larga lista de llamadas. Con traje, camisa blanca y corbata, maletín en mano, —era como los de las películas del oeste, con boquilla articulada— le daba prestancia y, probablemente, confianza, aunque eran pocas las armas que llevaba: el fonendo, un tensiómetro y las recetas hechas en la imprenta con las letras azules. El recuerdo del mango de las cucharas soperas de mi madre, frío y contundente, aplastándome la lengua, me hace pensar que no incluía depresores, ni de madera y mucho menos de plástico con sabor a frutas. El conjunto formaba un todo inseparable que me imponía y, no precisamente, por su fortaleza física, sino porque él era el médico.

Cuando fui mayor comprendí que no era muy alto ni fuerte pero, de niña, a mi me parecía un gigante con poderes, entre otros, el de dictaminar el número de pinchazos que seguirían al primero. Peinado hacia atrás el pelo blanco, los ojos negros y vivaces, lo que dominaba su imagen, una vez despojado del maletín, eran las mejillas, lisas, rojas, perfectamente rasuradas, laboriosamente trabajadas por

el frío lagunero en la infinidad de visitas a domicilio repetidas una y otra vez, después de la consulta del seguro, después de las visitas en su casa y, todavía, después de después, daba un repaso a los más graves de la lista antes de terminar la ronda y volver a casa, sin prisas, sin horario. A veces, todavía, alguna llamada más antes del descanso, bien merecido pero nunca garantizado, porque muchos años de su vida transcurrieron ininterrumpidamente en una situación de guardia localizada continua no reconocida y mucho menos remunerada. Mucho tiempo después de que ya lo hubiese dado todo por sus pacientes, todavía, seguía visitando a muchos ancianos laguneros para los que su presencia era un consuelo y la mejor de las terapias, un fármaco inigualable no disponible en farmacia.

Y su voz, ¿cómo describir una voz para conseguir evocar a su dueño? El tiempo es respetuoso con las cuerdas vocales. La suya fue siempre una voz firme, concentrada, como si se la reservara, pocas las palabras, las justas, lo demás lo expresaba con la mirada.

Sus manos eran impecables, las uñas cortas immaculadas, manos pulcras como correspondía. Recuerdo muy bien la sensación que me producían cuando me exploraban, secas, frías tras haber seguido la misma ruta a la intemperie que las mejillas, tan fuertes que a veces me hacían daño cuando encontraban lo que buscaban recorriendo seguras mi cuello hasta las parótidas o apretando sin piedad aparente mi frecuentemente maltrecha barriga.

A veces, aunque eran pocas las licencias que se concedía, se quedaba charlando con mis padres. Un día le oí como contaba los apuros que había pasado

de estudiante cuando un compañero de pensión, justo de presupuesto, le pedía que él, el aspirante a médico, le pusiese una inyección. Ante la imposibilidad de negarse o de reconocer su impericia acabó, nervioso, pinchándose accidentalmente su propia mano. Fue su primera «actuación profesional» y consiguió completarla con éxito en el segundo intento, reconociendo todas las dificultades sufridas, incluyendo la de contener el ¡ay!.

En el club de Bajamar, en donde tanto le gustaba bañarse, le expliqué un día que yo también quería ser médico. No sé hasta que punto pudo influir en mi decisión pero yo nunca concebí mi ejercicio como el suyo, tan entregado y generoso, tan sin tiempos, tan sin espacios. Me consta que Don Escolástico cuando intuía que no había mucho de donde no cobraba por su trabajo y fueron muchas las veces que ofrecía su casa a las gentes que se desplazaban desde lejos con sus niños enfermos cuando perdían la última guagua de vuelta. Bien lo saben las gentes de Las Carboneras, de El Batán...

Me conoció desde mis primeros meses de existencia prenatal, aunque entonces las cosas no eran como ahora que los obstetras valoramos cuidadosamente el cuerpo y rostro de los fetos con potentes equipos de ecografía mientras los padres consideran posibles parecidos familiares. Mi relación inicial con él fue un tanto confusa. Sonreía al explicarme las dudas diagnósticas que al principio le provocó. Yo aparecí sin avisar y sin que nadie me llamase después de veintidós años del nacimiento de mi hermano, cuando mi madre rondaba ya una edad

que Don Escolástico bien consideró más propia de la menopausia que de reiniciar la vida reproductiva.

En mi último año de carrera, afrontamos juntos la enfermedad de mi padre con el que sostuvo una gran amistad. Encuentros intensos e intuitivos que solo se pueden producir entre hombres como ellos, hombres auténticos, excepcionales, verdaderos caballeros sin oropeles.

Se requiere mucho más valor y entrega que conocimientos para afrontar la responsabilidad de asistir a un enfermo en su casa cuando se acerca el final su vida. El pediatra-geriatra de varias generaciones de laguneros vino, se mantuvo presente y firme donde creyó que debía de estar, ejerciendo como médico en la cabecera y como amigo vigilante reconfortándonos desde el sillón, retirando el crucifijo para colgar del clavo un suero y llorando sin pudor, como solo lloran los hombres cuando se despiden de un amigo.

Siento que es un honor poder expresar públicamente nuestro afecto hacia él, el mío y el de mi marido, también pediatra, que le conoció a través de mí, y abrazar desde estas páginas a su querida familia al recordarle, aunque nosotros solo unos más entre la multitud de personas que acudieron a La Concepción para acompañarles. La Laguna le había rendido un bien merecido homenaje a su profesionalidad y dedicación bautizando a una calle con su nombre. La pediatría canaria se puso de luto. A la Sociedad Canaria de Pediatría se le ha muerto un Socio de Honor. A mi se me murió mi pediatra, Don Escolástico.